

Baldomero JIMÉNEZ DUQUE, *La espiritualidad romano-visigoda y mozárabe*, Madrid, Universidad Pontificia de Salamanca. Fundación Universitaria Española, 1977, 299 pp., 13 × 19.

Don Baldomero Jiménez Duque es autor que goza de merecido predicamento en el campo de la espiritualidad por sus numerosos trabajos e investigaciones sobre dicha materia.

En la introducción de la obra que comentamos el A. nos comunica su propósito de hacer una historia completa de la espiritualidad cristiana en España. La tarea merece todos los elogios y estímulos para que llegue a buen puerto, a pesar de las dificultades no pequeñas que entraña una empresa de esta naturaleza.

El A. divide su estudio en tres partes netamente diferenciadas: la época romana, la época visigótica y los mozárabes. En la época romana pasa revista a las diferentes manifestaciones de espiritualidad de mayor relieve, como fueron el martirio, el ascetismo, el monacato, la crisis priscilianista, la legislación conciliar y los escritores eclesiásticos.

En la época visigótica expone los aspectos tales como la liturgia, vida y santidad del clero, el monacato, escritores y grandes santos, a los que agrega unas notas generales sobre la espiritualidad hispano-visigoda y unos datos complementarios acerca de las iglesias propias, el problema judío y el arte.

Dedica un breve apartado a la invasión musulmana, para ofrecernos seguidamente las coordenadas principales de la vida espiritual de los mozárabes, fijando su atención de modo especial en el clero, los difíciles problemas de la convivencia entre cristianos y musulmanes, los escritores eclesiásticos, el monacato, las emigraciones y las notas distintivas de la espiritualidad mozárabe. Termina el libro con una evocación literaria que intitula "Córdoba para... morir".

A nuestro entender hay que destacar dentro del conjunto la parte dedicada a la época visigótica. En ella acota muy bien el A. las características que definen la espiritualidad de este período: austeridad de vida en grado muy elevado, caridad especialmente atenta a cubrir las necesidades de los pobres, y, por último, los signos maravillosos, que para el hombre medieval de tronco germánico muestran inequívocamente la santidad de aquellos que lo realizan. El maravillosismo y el ascetismo

recio serán considerados como grandes argumentos de santidad hasta llegar a los tiempos renacentistas. Por eso dirá el A. que S. Millán —en quien concurren esas señales— es el gran exponente de la santidad española medieval (p. 127). En este cuadro de espiritualidad visigótica los monjes tienen también un papel relevante, al encarnar, de modo muy alto, esos ideales de santidad. Ello explica, en buena parte, el enorme desarrollo del monacato en sus diversas formas. En cuanto a los medios de santificación para progresar en la vida cristiana, los Santos Padres visigodos insisten en los medios usuales de la ascética cristiana: sacramentos, oración y contemplación, penitencias y lectura espiritual. También pone de relieve el A. el culto a los santos, y sobre todo, el dedicado a la Virgen María, que seguirá en línea ascendente durante los siglos VI y VII.

Nos parece que el juicio emitido por el A. sobre Prisciliano habría que haberlo matizado un poco más. Consideramos insuficiente decir de Prisciliano que fue un “asceta exaltado, decidido, muy suyo” (p. 29). Hubiera sido conveniente compulsar a este respecto la obra de H. Chadwick, *Priscillian of Avila*, Oxford, Clarendon Press, 1976.

También pensamos que se podía haber prescindido de los apartados I) Iglesias y monasterios propios, y II) El problema judío (pp. 199-201), porque —a nuestro entender— son temas algo colaterales al objeto principal de la obra.

En relación con la bibliografía utilizada echamos en falta algunas obras importantes como: K. Schäferdiek, *Die Kirche in den Reichen der Westgoten und Suewen bis zur Errichtung der westgotischen katholischen Staatskirche*, Berlin, Walter de Gruyter, 1967; J. Orlandis, *La Iglesia en la España visigótica y medieval*, Pamplona, Eunsa, 1976.

Nos hubiera gustado que los textos latinos se hubieran recogido en notas a pie de página, mientras que en el cuerpo del escrito sólo figurasen las traducciones correspondientes, como hace el A. en algunas ocasiones.

Estas observaciones en nada desmerecen a la obra en su conjunto, que ha de considerarse, sin duda, excelente en su género: estamos ante una contribución importante para la historia de la espiritualidad española, en cuya elaboración se viene trabajando con acierto en los últimos años.